

---

---

### CAPITULO III.

#### Contagio por el espectáculo de las ejecuciones públicas.

Los criminales que han extinguido su pena al salir de la prisión vuelven á la vida común; pero como ya lo hemos hecho ver, no rompen por esto con sus antiguas relaciones, y mas bién procuran realizar todos los proyectos de asociación, todos los planes de robo que han podido combinar tranquilamente con sus compañeros de cárcel. Al salir no se han arrojado á la calle, como por lo regular se dice; saben donde van, conocen las casas en que pueden no solo ser acogidos, sino hasta festejados. Se les circuye, se les hace mil preguntas y se les piden noticias de estos y de aquellos.... Siempre en las primeras filas de los tumultos donde hay golpes de dar y recibir.

---

---

no temen hacer jugar el cuchillo á menudo por los más fútiles motivos. La vista de la sangre parece tener para ellos especial atractivo y por lo mismo no es de estrañarse, que acuden apresurados á las ejecuciones capitales. Esos tristes espectáculos tienen para ellos, doble atractivo, van á satisfacer su inclinación innata por la crueldad, y á ver como muere el hombre que fué tal vez antes su compañero.

El aspecto de una plaza pública en uno de esos lúgubres días ha sido frecuentemente descrito para que fatiguemos la imaginación tratando de hacer un relato semejante. Sábese que la mayor parte de los asistentes, se compone de apercibidos por la justicia, de rufianes, de gente sin fé ni ley, que van á presenciar el fin de uno de los suyos: también los niños y los adolescentes acuden en gran número á esos actos terribles. ¿Hay por ventura la creencia que esas jóvenes inteligencias viciadas por el medio que las rodea desde su más tierna edad, encuentran allí para su cerebro mal equilibrado, para su sentido moral extraviado, si es verdad que existe, un espectáculo que sirva para hacerles tomar la vía de la rectitud? ¿podrán pensar que si perseveran en sus ideas, ese será el fin ignominioso que les espera? ¿no será más bien un mal atractivo para su enfermiza curiosidad? ¿no se familiarizan de ese modo con la vista de la

sangre humana? Cuando se les presente á su vez la ocasión de matar, se atemorizarán menos, no tambalarán, pues ya saben lo que es la sangre.

La vista de una ejecución no obrará sin duda de la misma manera sobre todo el mundo, y solo se impresionan en mal sentido aquellos que, no nos cansaremos en repetirlo, están predestinados al asesinato; aquellos degenerados que solo esperan una ocasión para convertirse en criminales. El mismo microbio colocado en dos medios diferentes de cultura vegetará ó perecerá en tanto que sobre el otro se desarrollará y multiplicará con una vitalidad y abundancia prodigiosas: la misma idea el mismo ejemplo, germinarán de modo diferente en almas diferentes y á propósito, citaremos algunos ejemplos, en apoyo de nuestra aserción.

Mucho se ha hablado de la influencia que las ejecuciones capitales ejercen sobre el pueblo, la estadística va á dar algún peso á esta opinión. De 177 personas condenadas á muerte é interrogadas por un ministro protestante en el ejercicio de su ministerio, solo tres no habían asistido á estas ejecuciones. (1) Roberts, capellán de Bristol refiere que 167 condenados á quienes condujo al cadalso, le aseguraron

(1) Letters on social questions, March, 9 th. 1846, in Ann, médico-psych., 1852, IV, p. 107.

haber presenciado diversas ejecuciones. Un sacerdote belga que había asistido á 167 condenados á muerte, preguntaba á cada uno: ¿habeis visto una ejecución? — y 161 respondieron afirmativamente. Yo he visto morir á Campi decía Gamahuit. Cuando se quiso atar á Poncet, no os molesteis, dijo, ya sé lo que es esto, muchos he visto arreglar en Tolon y allí no se les trata tan bien como aquí allí se llega y en el acto quedan despachados.

Por bizzarro que parezca el motivo invocado por el autor de la observación siguiente para explicar el aumento en las cifras de los asesinatos, la presentamos sin embargo, para hacer ver cuan mala es la influencia que ejercita en el pueblo todo ese aparato teatral de que se rodean los últimos momentos de los criminales. ¿No sería preferible á toda esa escena hacer desaparecer obscuramente en los patios de la prisión ó aún en su mismo calabozo, á esos miserables que algunas veces gozan con poderse dar un espectáculo al populacho? A mediados del siglo último en Dinamarca los criminales eran acompañados desde su prisión hasta el lugar de la ejecución por varios sacerdotes y por una larga procesión de fieles cantando salmos, concluyendo la triste ceremonia por un largo sermón que el sacerdote dirigía al condenado, al que inmediatamente después se ahorcaba. El espec-

tácule de todos los cuidados piadosos con que se rodeaba á los criminales, seducía hasta tal grado la imaginación del pueblo, que un gran número de individuos pertenecientes á esa clase, cometieron asesinatos por gozar de semejantes ventajas, y el gobierno se vió en la necesidad de restringir el suplicio de la horca para que dejase de ser objeto de la ambición popular. (1) Sea lo que fuere, subsiste el hecho que bajo la influencia de la pompa dado á esas ejecuciones hubo una gran recrudescencia en el número de los asesinatos, aunque apenas puede creerse que el pueblo se lanzase al asesinato solo "por gozar de las ventajas" referidas. No obstante, pueden presentarse tres hechos en los cuales el asesino cometió un crimen por el solo deseo de acabar en el cadalso. Alfred Pierre, de edad de 22 años, soldado en el 42 batallón de línea, era de estatura pequeña, bien constituido, pero su fisonomía denotaba una inteligencia poco desarrollada. Su padre fué guillotinado en París por haber asesinado á una mujer y á su hijo, y Pierre juzgó que tal muerte era digna de desearse, sin duda porque en su obtusa inteligencia no vió en el cadalso más que un fin que sale de lo ordinario y no la expiación de un crimen, y por eso sin duda repetía, que deseaba morir como

(1) Tableau des Etats Dénois, par J. B. Cateau, 3 vol, 1802, Paris. In Ann, méd.-psych., 1852, IV p. 104.

como su padre. En el regimiento todos sus compañeros lo tenían por idiota y le hacían pasar mil miserias; al fin para llegar á sus fines después de una tentativa de suicidio, pretendió matar á uno de los cabos de su compañía.

Encontrándose nuestro padre en Ivry oyó al General Mauselon referir lo siguiente una noche se aprehendió en el fuerte á un soldado de línea que acababa de hacer una tentativa de asesinato en la persona de un oficial del regimiento de lanceros acuartelados en Ivry. El soldado aquel se había introducido furtivamente á la casa del oficial que dormía, y le aplicó el cañón de su fusil sobre la oreja; iba ya á hacer fuego, cuando el oficial despertando por el contacto del fierro se incorporó prontamente y separó el arma; interrogado inmediatamente el soldado por el Coronel, respondió: en tal época asistí en Vicennes con mi regimiento á la ejecución de un camarada condenado á muerte: experimenté una viva emoción y desde ese momento "tuve la idea de hacerme fusilar" y morir como mi camarada—insensato, dijo el Coronel, ¿qué motivos tenía Ud para matar al teniente? ... — ninguno absolutamente, como no soy de su regimiento, ni aún de vista le conocía, y me dirigí á él por ser la primera persona que tuve á la mano.

Inútil es hacer notar la conmovedora analogía que existe entre esas dos observaciones. En un caso un loco, ó cuando menos un individuo en la frontera de la locura, deseando acabar sobre el cadalso: en el otro un hombre perseguido por la idea fija de hacerse fusilar: igual semejanza en los medios empleados para llegar al propio objeto; en un caso el asesinato de una persona contra la cual podía existir un lijerísimo rencor, si acaso existía, en el otro ni aún esa excusa pudo alegarse, pues en efecto, se trataba de un desconocido.

En fin, el punto de partida fué el mismo: una ejecución: uno sin duda oyó referir muchas veces los pormenores, por su familia, y desde luego clavó en ellos el pensamiento, siendo la idea que le dominaba, como lo justifica el proceso. El otro, asistía á una ejecución, y desde ese momento su alma se encontró bajo el dominio de una verdadera obsesión.

El caso siguiente, puede compararse á los dos que preceden. Wise, mozo á bordo de un navío del Estado, sin provocación alguna precipitó desde la rivera escarpada de Portland, á la altura de 200 piés, á uno de sus camaradas, con el que paseaba. En tanto que el desgraciado luchaba contra la muerte (Escena de Quasimodo de "Nuestra Señora de París," precipitación de Claudio Frollo), Wise, de rodillas á bordo del derrumbadero, refía á carca-

jadas. Un condestable arrestó al joven asesino, que estuvo conforme en no tener la menor animosidad contra su víctima. Su horrible acción había sido solo motivada por el deseo de que se le ahorcase. [1]

Un idiota después de haber visto matar á un puerco creyó poder degollar á un hombre y le degolló [2] Unos niños estaban reunidos en una caballeriza con objeto de ver matar y chamuscar un puerco; terminada la operación, jugaron entre sí al puerco quemado y uno de ellos consintió en hacer de animal: sus camaradas realmente lo chamuscaron haciendo el fuego en un montón de paja. Un muchacho de la Haute Loi e vió un día matar un puerco y repitió la operación con su hermanito que estaba en la cuna. En 1884 en Orne; un grupo de niños siguió con interés las maniobras de un castrador de puercos, y á renglón seguido intentaron sobre uno de ellos la castración, que por fortuna fué interrumpida á tiempo.

¿No deben imputarse estos hechos al contagio por el espectáculo de las ejecuciones? Véase al fin una ejecución que más bien parece un rasgo de un verdadero loco. Un hombre melancólico asistió al suplicio de un criminal, ese espectáculo le causó em ción tan

(1) Maré. De la folie, 1840, t. II, p. 408.

(2) Loc-cit. p. 23.

profanda que se sintió desde luego apoderado del más vehemente deseo de matar, conservando al mismo tiempo el temor más vivo de cometer semejante delito. Describía su estado, llorando amargamente y con una confusión extremada: se golpeaba la cabeza, se retorcia las manos y gritaba á sus amigos que le salvaran agradeciéndoles la resistencia que le oponían.

El número de los asesinatos ó tentativas de asesinato cometidos por los niños á consecuencia de una lectura, del relato de una ejecución ó de una historia referida sobre el mismo asunto es considerable. Referiremos algunos tomados entre mil que podríamos citar. Uno de mis amigos, dice Marc, estuvo en su infancia á punto de sucumbir por el juego del ahorcado. Hubo una ejecución capital en la ciudad de Metz, y él, y muchos de sus camaradas creyeron deber imitar aquel triste ejemplo, que produjo sobre ellos una viva impresión. Fué ese amigo mío elegido para paciente, un segundo para confesor y otros dos se encargaron del papel de ejecutores. Le colgaron del pasamano de una escalera, y habiendo sido sorprendidos en su juego, corrieron olvidando al pobre ahorcado, al que salvaron y devolvieron á la vida, ya casi extinta, algunas personas que felizmente pasaron por allí.

Próspero Lucas citá el ejemplo de un niño de 6 á 8 años que abogó á su hermano menor; el padre y la madre al entrar se dieron cuenta del crimen y de su autor, y el pobre niño se arrojó á sus brazos llorando y explicando que lo había hecho únicamente para imitar lo que le había visto al diablo para estrangular á Polichinela: Un hecho absolutamente análogo pasó algunos años ha con una familia de obreros en Cagny, cerca de Amiens. Teniendo la madre necesidad de ausentarse, dejó en casa á sus tres hijos. El mayor que tenía siete años y el menor cuatro, quisieron divertirse en "quemar el carnaval" como lo habían visto hacer á los habitantes del lugar; tomaron á su hermanito de dieciocho meses, le llevaron á un establo, le cubrieron con paja y despues de haber saltado y brincado en derredor, le prendieron fuego. El niño atrozmente quemado lanzó gritos desgarradores á los que acudieron; pero tarde, pues la pequeña víctima había expirado. Podemos asegurar, porque es un hecho personal, que dos niños de 4 á 6 años jugaban al ahorcado como el amigo de Marc: sus padres tuvieron la felicidad de intervenir oportunamente para evitar un accidente. En Brest un niño de la escuela municipal, al que en una lección de historia se le había enseñado el asesinato de Enrique IV por Ravailac, se preocupó de tal

